

Me lo contó un murciano: Historia de almacén

Si caminabas hacia el centro del barrio podías divisar la placita, la policía, la Intendencia y al fondo el único almacén. Tenía una puerta, dos ventanas y un pizarrón en la calle que indicaba “LA PEQUEÑA MURCIA” y más abajo decía “VENDO DE TODO”. Esto último parecía un chiste, pero no. Era la pura verdad. En esos doscientos metros cuadrados de negocio podías encontrar desde un corset ortopédico hasta un taladro de última generación. En ese sitio la disposición de las cosas no tenía un orden, ni siquiera los lácteos que permanecían varias horas sobre el mostrador hasta que la dueña se daba cuenta y los guardaba rápido en la heladera.

Los propietarios eran Perpetua y su marido. Habían llegado de Murcia hacía cincuenta años y todavía no abandonaban ese acento que se les había enquistado a modo de orgullo. Trabajadores, honrados, alegres por demás. A diario ella jugaba a la quiniela y si ganaba llenaba los estantes de mercaderías, si pasaba lo contrario los vecinos tenían que arreglárselas con lo único que había hasta que le volviera la suerte.

Siempre recibían con una sonrisa o una palmada en la espalda, lo que significaba que eras bienvenido, que tenían lo que buscabas y que te preguntarían de tu vida privada. No había forma de escapárseles. ¿El “Qué tal?” de Perpetua, salía de su boca junto a una humareda producto de los cigarros negros que fumaba. No podías salir fácilmente del interrogatorio. Podían leer todo, las sonrisas forzadas, muecas, sonrojamientos, transpiración o revoleada de ojos. Imposible retirarse sin haberles comunicado alguna situación personal o vecinal. A media mañana, el matrimonio se regalaba unas tostadas con tomate y oliva; y allí en su lengua hacían el rompecabezas de los datos obtenidos. Una fiesta!

Era verdaderamente un almacén de chismes generales. Tomar la decisión de no volver por el lugar no era fácil, tenía un costo ya que debías comprar en la ciudad o resignarte a que a tu receta le faltaran cosas esenciales.

Hace un mes la situación se complicó. Estalló una garrafa chica y ella resultó estampada contra la cristalería, la rescataron inconsciente y permanece en terapia intensiva. La calle ahora está oscura, se extraña la luz de las heladeras exhibidoras proyectando la sombra de todos los que entraban o salían del local.

El barrio lamenta lo ocurrido. Ayer, después de siete días, se juntaron varios vecinos y resolvieron visitarla. Grata fue la noticia cuando el doctor les dijo que ya estaba en sala común. Doña Berta, la más allegada, abrió suavemente la puerta de la habitación y fue entonces cuando todos aprovecharon para entrar casi de una sola vez. Allí estaban frente a esa mujer mucho más delgada, con los pelos adheridos a la frente, sin color, sin delantal. Parecía otra persona. Nadie hablaba. El silencio hizo la situación más penosa y densa. Cuando menos lo esperaban comenzó a mover el dedo índice, como queriendo hacer cuentas. Lo tomaron con calma. De repente abrió los ojos que recorrieron el techo y la aparatología que indicaba que estaba viva. Al bajar la vista se encontró con los representantes de la vecindad en pleno, en estado de expectativa sin abrir sus bocas. Ella esbozó una media sonrisa y dijo “Joder, ¿qué tal?”

Tales palabras sirvieron para saber que la almacenera se recuperaría. Contentos volvieron al barrio a contar la experiencia, no sin antes anunciar que se la veía muy bien, que el marido estaba hecho una lágrima y que nunca dejó de apretar una crucecita rara con dos palitos cruzados, que apenas llegara haría importantes ofertas y que llenaría de mercadería el sitio porque escucharon cuando el médico le decía: “Señora, usted acaba de ganarse la lotería”.

Seudónimo: Caravaca

